

JOSÉ ANTONIO HERNÁNDEZ NAVARRO, UNA LUZ EN LA OSCURIDAD DE LA IMAGINERÍA CONTEMPORÁNEA.

Año 2008. Tiempo de globalización, de modernidad, de renovación, de actualización en todas las materias... pero, ¿en realidad estamos avanzando en una total globalidad? ¿no existen cuestiones que entroncan con nuestra tradición, nuestro modo particular de pensar, de actuar, de vivir, que se están yendo a pique? En verdad, aspectos que tienen mucho que ver con la cultura e idiosincrasia de nuestro pueblo, de nuestra razón de ser, ¿no están viéndose amenazados por ese concepto de “modernidad” que todo lo invade? Algo de eso viene aconteciendo en lo que se refiere a algo tan nuestro como es el arte de la escultura policromada en madera, un modo de expresión plástica que con el devenir de los años ha ido sufriendo un considerable retroceso en lo que a nivel de calidad se refiere y cuyos preceptos más a tener en cuenta se han ido olvidando con el paso del tiempo. En la actualidad, la legendaria escuela escultórica castellana es todo un solar que pervive gracias a la evocación de los grandes maestros del pasado. En Andalucía, tierra de auténticos genios de este arte, se produce una reiterada y manida abundancia de los modelos del barroco, repetición que ya causa cierto hastío aunque en verdad exista algún que otro artista que bien pudiera utilizar otros medios de expresión dada su calidad, pero que por miedo a salirse de los parámetros marcados, no originan ningún tipo de novedad. Sin embargo, en nuestra tierra, y tras la desaparición del genial González Moreno, tenemos la suerte de poder contemplar y disfrutar de la obra de un escultor que en su creación intenta siempre evolucionar, avanzar en sus modos y maneras de plasmar los valores escultóricos, principal y casi exclusivamente en lo que se refiere a la escultura religiosa y procesional. Este artista no es otro que José Antonio Hernández Navarro, tantas veces discutido por unos y otras tantas alabado por otros, pero cuya obra no deja indiferente a nadie. Un hombre cuyo precepto básico en su devenir creativo es la innovación, la diferenciación en sus modos de expresión y el deseo de sorprender y originar nuevas composiciones dentro de unos mismos tipos iconográficos, cuestión harto difícil y de gran mérito dada la grandísima producción que tiene su taller.

Este aún joven escultor, nacido en 1954 en Rincón de Almodóvar, localidad perteneciente a la pedanía murciana de Los Ramos, ha ido formándose casi de forma autodidacta, si bien en su proceso de aprendizaje mucho tuvo que ver su formación en la Escuela de Artes y Oficios de Murcia, su asistencia al taller de José Sánchez Lozano y su actividad como diseñador y modelista en los talleres belenistas de Pedro Serrano y

con posterioridad en el de los Hermanos Griñán. Desde su primera obra procesional realizada allá por 1982 para la Cofradía del Cristo del Perdón de Murcia, en la cual representaba magníficamente la escena de la Coronación de Espinas pero aún imbuido e influenciado por los parámetros salzillescos imperantes, hasta sus última creaciones para Jumilla y Bullas en este año 2008, su evolución ha sido constante, nunca ha permanecido quieto o recreándose en un determinado modelo de expresión, sino que ha resultado ser un artista inquieto, siempre en la búsqueda de nuevos tipos en la representación plástica. Del anteriormente referido patrón salzillesco pronto se independizó, alejándose paulatinamente del mismo y pasando por diversas fases en la composición, efectuando tallas que buscaban la belleza en base a un estudio adecuado de las proporciones, procurando moverse siempre dentro de un ideal de belleza como elemento de dignificación de los personajes representados. En su devenir creativo y dado el enorme número de encargos recibidos, tal vez haya existido un punto de irregularidad, alternando creaciones de un valor inmenso con otras de menor calado artístico, denotándose que su verdadera dimensión la da en las imágenes de talla completa, alcanzando grandes calidades en el trabajo sobre la madera, sin aditamentos, ejecutando una talla pura, integral. Múltiples escenas e imágenes realizadas buscando siempre la armonía de líneas, el estudio de las proporciones y la suavidad en sus representaciones anatómicas. Obras que se enmarcan dentro de una trayectoria de gran solidez en su labor, denotando un continuo avance en la representación, desde sus primeros trabajos más destacables como el Cristo de las Penas para la Archicofradía de la Sangre de Murcia, con un Jesús inusualmente sufriente, el Ascendimiento de la Cofradía del Perdón también de Murcia, en el cual manifiesta un cuidadoso estudio de la escenografía, la composición y la ocupación espacial dentro de una escena procesional, creaciones en las que va manifestando esa continua búsqueda de nuevos tipos referida. Posteriormente se introduce en una nueva etapa, que podría ocupar toda la década de los noventa y primeros del nuevo siglo, en la que va puliendo su obra, le va dando un toque personal, incidiendo en el factor de la belleza como pauta común en sus obras. Tallas de la enjundia de los amarrados a la Columna de la Cofradía del Amparo de Murcia y el realizado para las Torres de Cotillas, ejemplo este último de originalidad y atrevimiento, dejando a un lado el tipo de columna baja y utilizando una superior en longitud a las dimensiones de Cristo, tal y como se venía realizando con anterioridad al movimiento barroco. Otras composiciones como la Coronación de Espinas de Hellín, de magnífico acabado, sobre todo en la imagen cristífera, plena de realismo y emoción,

dejando entrever ya el contraposto elegante y sutil que posteriormente continuará utilizando. El Cristo Caído para los Salesianos de Alicante, basado en composiciones pictóricas de carácter clásico, en el cual Jesús cae derrumbado por el peso de la cruz y establece una comunicación bien definida con el espectador al que dirige su mirada. Obras todas englobadas dentro de unas pautas de actuación bien definidas y que se aprecian en otras imágenes como Jesús en Getsemaní para la Cofradía del Perdón o la maravillosa y excelsa escena del Encuentro de Jesús con su Madre en la Vía Dolorosa para la ciudad de Cieza, tal vez una de sus mejores creaciones. Además, referirnos también como obras destacadas a Cristo en su Descenso a los Infiernos, de la misma localidad, imagen novedosa en lo escultórico cuya iconografía no había sido tratada en este arte y también el Descendimiento para la Cofradía de la Misericordia de Murcia, obra poseedora de un sentido ascensional bastante marcado y originada en dos planos bien definidos. Y como no mencionar su obra para una ciudad de la importancia en la historia del arte imaginero procesional como es Valladolid, cuyas creaciones del Cristo del Despojo, Virgen de la Amargura y Cristo de la Humildad, han encajado perfectamente en la siempre exigente opinión de los cofrades de aquella localidad.

Ahora bien, dado su carácter inquieto, su continuo afán por sorprender, por buscar lo novedoso, Hernández Navarro ha emprendido un nuevo camino, una nueva forma de representación ya utilizada en la última de las obras referidas para la capital vallisoletana y confirmada en el año 2006 con la ejecución de la Lanzada para Cieza, escena en la cual marca unas pautas de alargamiento en el canon de sus tallas, haciéndolas más esbeltas, como instrumento para alcanzar la idealización de sus imágenes, huyendo aún más de cualquier elemento patético, originando la sensación en sus imágenes sacras de una plena concepción devocional como auténticos exvotos. Ese camino es el que muestra en la obra anteriormente referida así como en la Coronación de Espinas de Totana y la Flagelación para la Cofradía de la Caridad de Murcia, composiciones ambas en las cuales no deja de sorprendernos por su capacidad para crear nuevos modelos. Todo ello hasta llegar a sus últimas obras, el Ascendimiento para la ciudad de Jumilla y el portentoso Ecce Homo para la Cofradía de los Coloraos de Bullas, imagen grandilocuente, solemne, de carácter mayestático, todo un rey coronado de espinas y cuya clámide recubre toda su parte posterior excepto una abertura a la altura de la dorsal que deja entrever una espalda lacerada y una representación anatómica muy lograda, destacando la originalidad en su posicionamiento, a modo de capa sutilmente puesta, alargada tanto por el flanco inferior, llegando hasta el suelo,

como por el superior, cubriendo parte del pelo de Cristo, lo que sirve para dotar a la imagen de una gran dignificación. Por su parte delantera, la clámide referida enmarca una anatomía poderosa, que deja transmitir una gran fuerza expresiva y física, con un marcado contraposto que dota a la efigie de un marcado clasicismo y elegancia en la pose. Y para terminar, como no hablar de esa grandilocuente y bellísima cabeza, que conmueve al espectador que la contempla y que viene a ser la representación de todo un Mesías que acepta su designio, que es plenamente consciente de la obra de salvación que va a realizar en bien del ser humano. Una fisonomía bellísima, serena, armoniosa, de gran calado espiritual. Una obra toda ella, que viene a dignificar e incrementar el patrimonio devocional y artístico de Bullas, realizada por un escultor que con sus defectos y virtudes, con sus detractores y defensores, es sin duda hoy por hoy el mejor artífice de imaginería procesional que existe en la actualidad.

Antonio Zambudio Moreno.